

En 2002 celebraba mis bodas de plata con el cine. Hacía 25 años que había rodado, en el verano de 1977, Ocaña, retrat intermitent. Y tenía ganas de celebrarlo enfrentándome a un nuevo documental. Quería volver a los orígenes regalándome esa posibilidad. El éxito de Ocaña había sido un cuento de hadas maravilloso, un hecho que nos sorprendió a todos. No nos esperábamos que aquel ejercicio que yo había hecho para mí se convirtiera en una bola de nieve, que veinticinco años después todavía estuviera vigente y que continuara mostrándose en los festivales. El caso es que tenía ganas de volver al documental aprovechando, de alguna manera, la incierta situación que vivía en el año 2002 el cine de ficción. Y me vino a la cabeza la figura del Gato Pérez. Primero porque es un personaje que admiro, y segundo porque había tenido una buena relación con él, cuando hizo la música de La rossa del bar en 1986. Fue una relación un poco fugaz, pero a la vez profunda, interesante y generosa por su parte. En muchos casos, los temas ya existían; era la misma música de sus canciones, sólo que le sacó la letra para que pudieran funcionar en la película. Y encajaron de maravilla. La rossa del bar fue mi primera película urbana, y pensé que en aquellos momentos la música del Gato era la música de Barcelona. En fin, además de mi aprecio por el Gato, había otras razones que me llevaron a escogerlo como tema. Y aquí me gustaría hacer un paralelismo con Ocaña.

En los dos casos se trata de la vida del artista que llega de fuera, y que te ayuda a comprenderte a ti mismo. Son personas que se convierten en cronistas interiores pero con una mirada externa de tu propia ciudad. Ambos son artistas que luchan a contracorriente por defender la verdad de su obra. Ocaña venía de Andalucía, y el Gato, de la desarrollada y culta Argentina de los años sesenta. Gato desembarcó aquí y se encontró con aquella mierda de franquismo que teníamos... y él es el que señala con el dedo y dice: estos gitanos que tenéis aquí en el barrio de Gracia haciendo rumba catalana y a los que nadie les hace caso... esto puede ser la música de Barcelona. Entonces, coge esta música, la dignifica y le incorpora unas letras de gran categoría. Veinticinco años después son letras absolutamente emocionantes que te hablan de la ciudad y de nuestras vidas.

Pero al Gato tampoco le fue fácil. Así como Ocaña montaba aquellos números porque quería ser pintor, el Gato luchaba por un sentido de la música popular culta. Su obra, su apuesta estética, se reconoció más después de muerto: en las olimpiadas la rumba catalana fue el broche de oro de la gran fiesta ciudadana. Y eso, evidentemente, fue gracias al trabajo de Gato, que ya no pudo verlo porque un infarto se lo había llevado a los cuarenta. Era un artista comprometido que luchó como un jabato. Y esa manera de enfrentarse a la vida siempre me ha fascinado, porque pienso que en esta vida vale la pena luchar por lo que uno cree. No nos podemos conformar, porque si no los individuos y las sociedades no avanzan.

Para El gran Gato encontré un concepto que espero que se haya entendido. Un retrato sobre la ausencia. Mientras que Ocaña era omnipresente como personaje, el Gato ya no estaba. Mi objetivo era hacer un musical documentado sobre una persona desaparecida diez años atrás. Y pensé que si ya no estaba, no tenía por qué salir. Que sólo recurriríamos a su legado y a su memoria. Para reconstruir su legado, creé la ilusión de que el famoso Zeleste de los setenta, el de la calle Platería, todavía existía. Reuní a una quincena de artistas, a los que siempre les estaré agradecidísimo, para que interpretaran por primera vez temas del Gato, que yo había seleccionado. Más complicado de lo que parece. Lo que empezó como documental acabó como una superproducción porque había artistas, estilos y procedencias muy variados. Creamos una banda, hicimos los arreglos y nos pusimos a ensayar, y cuando teníamos hecho el tema, lo rodábamos. Así que fue una cosa larguísima y costosísima.

Y para aflorar su memoria reuní a familia, amigos, críticos –incluso a gente que él no conocía demasiado–, a los que les propuse temas concretos para tratar. Una vez preparados, yo me retiraba un poco y dejaba que hablaran a su aire. Tomaba una cierta distancia para que no fuera pregunta-respuesta y para evitar el busto parlante tan habitual como odioso en los documentales. De esta forma conseguimos joyas impagables, aunque hay momentos brillantísimos que no se han podido poner porque la película sería kilométrica. Recomiendo ver en el DVD la conversación entera entre Sisa y Carles Flavià, que es un auténtico retrato de la época, una pura delicia.

Esta película me ha servido para hablar de la diversidad a través de la música, del ejemplo del Gato y de la multiculturalidad, que es una característica del mundo moderno. Porque es evidente que vamos hacia una sociedad mucho más diversa. Y vale la pena hablar de todas las ventajas que supone, para ambas partes, la diversidad y la integración, porque, cuando funciona de verdad, es un viaje de ida y vuelta, como nos proponía Gato; y de todo lo que puede enriquecernos ver la sociedad no con unos ojos cuadrados, sino con unos ojos diversos. Ésa es la aportación de Gato. Me apetecía mostrar cómo las personas y las cosas se van integrando y cómo se va construyendo una sociedad diferente. Y me apetecía enseñarlo sin que se notara mi presencia, como si no hubiera cámara, como si fuera una película de Rohmer, que están muy preparadas, pero que a la vez parecen muy libres. En el fondo el tema que iba a tratar era el mismo que traté veinticinco años atrás, en Ocaña. Pero aquí el concepto era absolutamente diferente.

A pesar de que no es nada recomendable presentar una película en un festival del propio país, optamos por mostrarla en el de Valladolid, festival reconocido por todos los cinéfilos, donde consiguió unas críticas muy buenas. Pero yo quería llevarla a Argentina para hacer el viaje de vuelta. Para decirles: mirad lo que un hijo vuestro ha significado para nosotros. Y la verdad es que fue muy emocionante; la recepción fue extraordinaria, pero me di cuenta de que lo conocían muy poco. Gato es un autor que merecería ser redescubierto.

Los directores de cine somos como ladrones que escudriñan la realidad y la transforman en películas. Años atrás me apropié de la figura de Ocaña y luego de la de Gato. En el fondo, ambas figuras son una excusa para hablar de nosotros mismos. De Gato me gusta su ejemplo, su lucha, en la que modestamente me reconozco porque también es un poco la mía. Nunca nos hemos de quedar con lo inmediato en la vida. Hay que ser corredor de fondo. Esta película sólo ha significado un paréntesis en medio de mi trabajo de ficción.

